

Henri de Lubac, sj

LA ESCRITURA EN LA TRADICIÓN

ESTUDIOS Y ENSAYOS

— BAC —

TEOLOGÍA

MAIOR

FUNDACIÓN

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • 2014

ÍNDICE GENERAL

	<i>Págs.</i>
PRÓLOGO	IX
SIGLAS	XII
<i>LA ESCRITURA EN LA TRADICIÓN</i>	
CAPÍTULO I. La inteligencia espiritual	3
1. Introducción	3
2. «Sentido espiritual»	14
3. El espíritu del Nuevo Testamento	35
4. Desde los orígenes hasta la Edad Media	47
5. Decadencia y Renovación	61
6. Conclusión	79
CAPÍTULO II. El doble Testamento	93
1. Evolución y mutación	93
2. El Acto de Cristo	109
3. Concordia de los dos Testamentos	123
4. Símbolos de la concordia	143
5. El sentido dado por el Espíritu	161
CAPÍTULO III. La novedad cristiana	175
1. El Hecho de Cristo	175
2. La dialéctica cristiana	190
3. «El Verbo abreviado»	201
4. El Nuevo Testamento	214
5. La unidad del cuádruple significado	240

	<i>Págs.</i>
APÉNDICE: Carta del R. P. L.-Hugues Vicent, OP	255
1. A Mons. Bruno de Solages (26 de abril de 1950)	255
2. Al autor (21 de junio de 1950)	257

PRÓLOGO

Que no se busque en este libro una historia completa de la exégesis bíblica en la Iglesia, ni una explicación doctrinal de la relación que vincula la Sagrada Escritura a la Tradición cristiana. Se trata de temas demasiado amplios y complejos para poder abarcarlos fácilmente. No son, en cualquier caso, los que hemos pretendido abordar. Tan solo proponemos al lector, a partir de algunas perspectivas que solo divergen ligeramente, una serie de enfoques que convergen todos sobre un mismo centro: la inteligencia espiritual de la Escritura, tal y como ha sido comprendida cristianamente a lo largo de los siglos. El primer capítulo, simple esbozo histórico, reproduce la conclusión de nuestra obra *Histoire et Esprit* (1950). El segundo capítulo está sacado del primer volumen de nuestra *Exégèse médiévale* (1959), del que constituía el capítulo quinto. Los cinco apartados que componen el tercero y último capítulo, se toman respectivamente de los tomos segundo, tercero y cuarto de esta misma obra (1959-1964).

Se nos ha dicho con frecuencia que cinco gruesos volúmenes no son accesibles nada más que a un pequeño número de lectores, cuando los principales temas que de los mismos se desprenden podrían interesar a muchas más personas. También se nos ha dicho que para una mejor asimilación de las enseñanzas dadas por la reciente Constitución *Dei Verbum*, el examen de estos temas podría ser de utilidad para muchos. No dejamos de tener en cuenta, pese a todo, que una simple compilación, aunque realmente homogénea, no llega a ser suficiente por sí sola. En efecto, ha sido necesario renunciar a desarrollos que habrían iluminado, al menos con algunos ejemplos, la diversidad de siglos, de individuos y de escuelas

y, por otra parte, la necesidad de elegir ha dado lugar a que se hayan sacrificado muchas explicaciones que habrían completado o matizado en más de un punto los fragmentos aquí recogidos. En esos mismos pasajes, las notas han sido considerablemente reducidas. Así es como, no sin algunos reparos, hemos consentido en que se lleve a cabo esta publicación, y nos atreveríamos a pedir, a todos aquellos a los que el esfuerzo no les eche para atrás, que acudan a las obras originales.

Evidentemente los métodos de exégesis han cambiado mucho a lo largo de los siglos. El interés por la historia de la interpretación espiritual y los modos como ella se expresa no nos lleva en modo alguno a desconocer la necesidad que se nos impone de aplicar los métodos más apropiados, los mejores de nuestra época. Pero creemos al mismo tiempo que esta historia comporta una dimensión siempre actual, si se tienen menos presentes los detalles antiguos de sus procedimientos que sus fundamentos doctrinales. En la exégesis cristiana hay una serie de constantes. Un hombre de ciencia y de fe como el Padre Lagrange estaba completamente convencido de que la investigación científica y la reflexión en la fe, o incluso, para hablar con el lenguaje de los antiguos, de que la historia y el espíritu, no son en absoluto incompatibles, siendo por el contrario su alianza indispensable para un estudio completo de la Palabra de Dios, y las dos cartas de su *alter ego*, el Padre Hugues Vincent, al que citamos en el apéndice, lo demostrarán, al tiempo que podrán ayudar a dejar más claramente fijado nuestro objetivo. Y es asimismo lo que nos recuerda en más de un pasaje el texto de la *Dei Verbum*.

¿Qué es lo que nos dice en efecto el tercer capítulo de esta Constitución sobre la revelación divina, en sus dos párrafos sucesivos consagrados a la interpretación de la Sagrada Escritura, sino que para llevar a cabo un estudio según las normas científicas, hace falta ante todo examinar lo más detalladamente posible la «intención» de cada uno de los autores humanos, y después, para penetrar más profundamente el sentido, leerla e interpretarla toda entera «a la luz del mismo Espíritu que hizo

que se escribiera»? Cuando se recomienda a continuación, en el capítulo segundo, «estudiar a los Santos Padres, tanto de Oriente como de Occidente» para lograr este entendimiento profundo, ¿no se viene a indicar con ello que el examen de la tradición exegética surgida de los Padres ha de ser aún útil hoy? Y cuando se nos dice, ya en las primeras palabras de la Constitución, y luego varias veces, que la Palabra de Dios contenida en la Escritura no es, en definitiva, sino el Verbo encarnado, y que en Jesucristo «se culmina toda la revelación del Altísimo», ¿cómo no reconocer ahí el tema tradicional del *Verbum abbreviatum* y muchas otras expresiones de esta verdad fundamental que se podrán leer aquí mismo?

Dando a entender con un trazo rápido, pero claro, las enseñanzas permanentes que en su sentido literal nos ofrecen los libros del Antiguo Testamento, el Concilio nos recuerda también otra verdad que, ciertamente, nunca fue desconocida, pero que la insistencia en mostrar los aspectos ya caducos de la Antigua Alianza ha difuminado en el pasado en más de una ocasión, ya fuera por una protección necesaria de la conciencia cristiana, o como resultado de lo que exigen las controversias, o más generalmente por la alegría de contemplar la unidad definitiva realizada en Cristo. Es la fe de Abrahán, de Moisés y de los profetas, la que Jesús, «cabeza de nuestra fe», quiere llevar en nosotros a su perfección. Quizás era oportuno recordarlo aquí. En cualquier caso, el capítulo conciliar sobre el Antiguo Testamento, utilizando una fórmula tradicional de la que san Agustín es el testigo más importante, tampoco deja de proclamar con fuerza las implicaciones mutuas de los dos Testamentos: *Novum in Vetere latet, Vetus in Novo patet* (El Nuevo está latente en el Antiguo, el Antiguo se manifiesta en el Nuevo). Así canoniza la idea central que, desde los tiempos apostólicos, inspira toda la doctrina de la inteligencia espiritual de las Escrituras elaborada a lo largo de siglos. Así establece, o más bien mantiene, el fundamento de aquello que fue al principio la novedad cristiana, y que lo sigue siendo para siempre.